

EL BLANCO CORTEJO (*)

SALMO PRELIMINAR

Por Juan MONTIJANO CHICA
Arcipreste de la S. I. Catedral

*C*ANTEMOS con júbilo y celebremos con regocijo santo el portentoso milagro de la Descensión de Nuestra Señora la Virgen María a la ciudad de Jaén.

«Guarda y defendimiento» de los reinos de Castilla», así ¡oh ciudad «muy noble, famosa y muy leal!» te conoció la historia, y ese mote es la ejecutoria sublime de tu nobleza.

Don excelso que no consiste tan sólo en la abundancia de bienes materiales, ni en los hechos gloriosos de tus antepasados que, con sacrificio heroico, escribieron páginas de luz y de amor en el libro sagrado de la historia patria.

Menguada nobleza fuera la del que hace consistir su grandeza y su fama tan sólo en las luminosas gestas de sus progenitores, sin cuidarse de confirmar el esplendor de estos blasones y el prestigio de estas hazañas con su inmaculada vida y con su personal heroísmo.

Desgraciado, porque su memoria sería justamente execrada, ya que siempre lo fue la del que no supo, o no quiso, domar valientemente sus pasiones, poniéndolas bajo el yugo de la razón, iluminada por la fe.

En la virtud está la verdadera nobleza del alma. Sin virtud sería escoria el prestigio humano que tiene su punto de apoyo, exclusivamente, en el talento, en la fuerza física, en la belleza corporal, en los honores y en la estimación de los hombres.

(*) Trabajo premiado en el concurso convocado con motivo de la Fiesta de la Poesía de 1961 organizado por el Instituto de Estudios Giennenses.

Sólo la estimación de Dios es la verdadera y la única infalible. Nuestro anhelo debe estar siempre encauzado a conseguir la positiva valoración divina respecto de nuestros actos.

El genio brilla por igual en la frente del hombre de la plebe como en la que está en más alto peldaño de la escala social o de la escala económica. La virtud sigue también esta trayectoria del genio y del talento.

Los pueblos son en verdad grandes, no por su desarrollo económico, ni por la belleza de su paisaje, ni por la bondad de su clima, ni por su ventajosa situación estratégica, ni por la abundancia de bienes materiales con que les dotó pródigamente la divina Providencia, sino por el esplendor y lustre de las virtudes de sus hijos.

Esas son las que dan prez y gloria y engendran tradiciones fecundas cuya posesión es orgullo del futuro y alabanza del pasado.

El trabajo santo y santificador —intelectual, mecánico o corporal— es fuente de progreso, génesis de sólido bienestar, puerta de regeneración, de resurrección y de vida para los pueblos.

Pero acompañado de la fe que ilumina y señala con acierto las rutas del porvenir y las sendas de la vida para desembocar en las regiones de la paz, de la prosperidad, del fraterno amor, de la felicidad cumplida, de la dicha inmarcesible.

Felicidad relativa y condicionada, pero la única posible sólida y fecunda en este valle de lágrimas que es el lugar de nuestra peregrinación y de nuestro temporal destierro.

¡Rejuvenécete, vetusta y bienaventurada ciudad, Relicario famoso de la CARA DE DIOS! porque al insigne favor de la posesión multiseular de tan divino tesoro, quiere tu Reina y Señora añadir otro privilegio que acrecentará aún más tu fama entre todos los pueblos de la Cristiandad.

Ella, Madre y Reina, infundirá valor en tus guerreros, ánimo esforzado en tus hijos, y confusión en tus enemigos para obrar eficazmente tu salvación.

Besa, ¡oh capital del Santo Reino!, con amor agradecido y con tus ojos humedecidos por el llanto, los lugares santificados por las plantas virginales de la augusta Madre de Dios, que se dignó bajar a JAEN una noche, digna de recuerdo imperecedero, para trocar en

*alegría tu tristeza, en seguridad tu zozobra, en dicha inacabable
tu angustia y tu dolor, en esperanza tu desconsuelo.*

Adoravimus in loco ubi steterunt pedes ejus.

Amén. (1)

CANTO PRIMERO

La ciudad sitiada

Negra y tétrica noche. Noche interminable, de cinco siglos de duración la del Jaén árabe.

La insignia del «profeta» de la Meca, que sembró la desolación y el exterminio, como devastador torrente, en Arabia y en Persia, en Mesopotamia y en Egipto, en Siria y en Palestina, en Asia Menor y en la Mauritania Tingitana.

Sus corceles, con la impetuosidad del huracán, se enseñorearon también de Hesperia, la patria invicta de Viriato, de Indíbil y Mandonio, el pueblo heroico de Sagunto y de Numancia, la tierra regada tantas veces con generosa sangre de mártires innumerables.

La patria excelsa de los Leandros, Fulgencios e Isidoros. La sede de los Concilios Toledanos (2) cuyas sapientísimas leyes, religiosas y civiles, la elevaron entre todos los pueblos del Orbe a un empinado grado de cultura y de prosperidad.

También —¡oh dolor!— ondea la verde enseña, con la simbólica *media luna*, en los minaretes de las mezquitas que antaño fueran templos del Advinge cristiano.

El genio, y el valor, y el celo por la expansión del Cristianismo de un rey santo, ¡oh Jaén!, te arrancaron de la servidumbre musulmana para restituirte a la fe que sembraron en tu seno y regaron con su sangre martirial el insigne Varón apostólico Eufrasio y sus fieles discípulos.

¡Has sacudido el humillante yugo que tanto tiempo te oprimió, y rompiendo los grillos que te aprisionaban, nuevamente te has incorporado, con alborozo sumo, a la fe de Cristo una mañana primaveral de la Era 1284! (3).

¡Qué rico perfume exhalaban las flores y cómo exultaban de gozo sobre sus cimbreantes y frágiles tallos aquella apacible mañana

primavera! cuando la brisa, suave y risueña, era portadora de los armoniosos ecos de himnos patrióticos que al son de chirimías (4), pífanos y atavales, jubilosos entonaban los guerreros cristianos, y sus cantos litúrgicos los preladados, los clérigos y los religiosos que formaban el cortejo vistoso del rey santo!

La más excelsa de las criaturas, en bella imagen de factura gótica (5) era llevada en triunfo y portada con júbilo inmenso hasta la mezquita mayor que, previamente purificada por el digno sucesor de Osio el grande (6) va a ser entronizada en el altar principal de la que será el *alma-mater* de todas las Iglesias del Santo Reino para recibir el homenaje ferviente y perenne de un pueblo agradecido que ama a María y pone en ella su ilimitada confianza.

¡Honra para la Reina del Cielo que le dedican con sincero amor los habitantes de la que será en adelante ciudad mariana por excelencia, por ser patrimonio escogido de la Madre de Dios!

El sacrificio heroico y el esfuerzo sublime en lograr ese apoteósico triunfo de María, va a tener su plena recompensa ciento ochenta y cuatro años más tarde. Pero, entretanto, ¡cuántas zozobras! ¡cuánto llanto! ¡cuántas horas de dolor! ¡cuántas aflicciones! ¡cuántas inquietudes! y... ¡cuánto heroísmo anónimo!...

Pero no en vano esas grandes tribulaciones y las lágrimas amargas derramadas con tanta profusión en los hogares y en los templos, en las calles y en los campos...

Porque la gloria y el honor de ese día triunfal de María van a ser recompensados con pródiga mano y con generoso corazón la noche de San Bernabé de 1430.

¡Noche de grata e imperecedera memoria para todo hijo de Jaén, amante de las glorias inmarcesibles de su patria y heredero de las virtudes admirables y nobles sentimientos de sus antepasados!

¡Ciudadanos de Jaén!, que veáis con dolor inmenso talados vuestros campos, quemadas vuestras mieses, robados vuestros cristianos hogares, mancillado el honor de vuestras inocentes hijas y de vuestras castas esposas, cautivados por el infiel islamita vuestros deudos y familiares!...

¡Recordais aún, los ancianos, la gran pesadumbre de 1368, cuando las tropas de Mahomed el Viejo, rey de Granada, acaudilladas por el arráz Abdalla Mir, sembraban el exterminio y la desolación en

vuestros campos, el luto en vuestros hogares, la ruina en vuestras haciendas, la profanación en el templo santo del Señor?...

Como lluvia de voraces langostas se lanzaron sobre vuestros montes y sobre vuestros valles los ochenta y cinco mil peones y los cinco mil jinetes del moro granadino aniquilando cuanto pisaban y destruyendo con feroz saña cuanto encontraban a su paso.

¿Se repetirán esos excesos? ¿Se mezclarán vuestras lágrimas de dolor con las amargas lágrimas de vuestros padres y de vuestros abuelos? ¿Ireis muchos de vosotros a acabar miserablemente los días de vuestra existencia terrena en las mazmorras mahometanas o a ser sometidos a la vil servidumbre de fanáticos agarenos?...

Desventura que sufrieron tantas veces muchos de vuestros antepasados y, entre todos, el gran prelado giennense, Pedro Pascual, el Obispo santo, que selló con su sangre martirial una vida de total servicio a Dios y abnegada entrega al prójimo en la corte de los reyes nazarristas, por lo que la Iglesia lo ha elevado al honor de los altares.

CANTO SEGUNDO

Luz de gloria en las calles de Jaén

El sol había escondido ya su disco de luz y de fuego y las tinieblas nocturnas bañaban la ciudad sitiada, borrando la silueta de los montes cercanos, de las calles y de las casas.

El presagio de inminentes males no permitía que el sueño fuera tranquilo ni reparador. La zozobra era el condimento de la vida agitada y triste de los giennenses, y el pan que comían hallábase amasado con hiel de lágrimas que vertían en abundancia los ojos, contrabados ante el terrible espectro de calamidades futuras.

Pero ¿qué ocurre que un sol, inefable luz de Gloria, que no cansa ni fatiga sino que conforta y deleita, saliendo de la catedral gótica que erigió la magnanimidad de D. Nicolás de Biedma (7) va en dirección de la Iglesia parroquial de San Ildefonso, trocando la noche en claro y refulgente día?...

¿Qué pasa que hasta se dibujan los tejados y las casas, a medida que va pasando por las calles, favorecidas y honradas con el milagroso

caminar del Blanco Cortejo, el cual ostenta impoluta blancura y claridad más radiante que la que despide el astro rey, cuya luz cenital, en estas latitudes meridionales y en esta estación estival, es cegadora y deslumbradora?...

¡Oh ciudad, iluminada como jamás fué alumbrada ciudad alguna en el pasado, ni lo será en el futuro, a pesar de los adelantos maravillosos de la técnica!

¡Luz de Gloria, de nívea blancura que no fatiga la vista, despiden de sí los componentes todos del albo cortejo, sobresaliendo entre ellos la «dueña o señora» (8) de sin par hermosura, con un Niño, hijo suyo, en el regazo materno!

La gloria de los bienaventurados se ha trasladado a Jaén una noche de eterna memoria del diez al once de junio del año 1430, reinando en Castilla Juan II, sentándose en la Silla infalible de Pedro, Martín V, y gobernando la grey giennense D. Gonzalo de Astúñiga.

Describiendo el «Aguila de Patmos» en su Apocalipsis las excelencias de la Jerusalén celeste, no omite la circunstancia de que la *ciudad santa*, patria feliz y eterna de los bienaventurados, no necesita sol que la alumbre porque «Lucerna ejus est Agnus» (8). «Su luminosa lámpara es el mismo Cordero divino, inmolado en la Cruz y triunfante en el Cielo».

De esa luz infinita participan los dichosos ciudadanos de la celestial Jerusalén.

Es significativo que todos los videntes del Blanco Cortejo expongan en su ingenua declaración ante el discreto provisor del Obispado, Juan Rodríguez de Villalpando, esa circunstancia de la exquisita blancura y del gran resplandor que despedían de sí los componentes de la misteriosa procesión que pasó por las calles de Jaén una noche tibia del mes de junio.

¡Sábado memorable el de la Descensión de Nuestra Señora la Virgen María a Jaén, y cuya noche, ante la presencia dulcísima de la Señora, se convierte en un día más claro que de luz cenital alumbrado!

¡Ciudad mártir, cuyas calles se enrojecieron, hacía sesenta y dos años (9) con la sangre cristiana de sus hijos!...

Esos hijos, cuyas cabezas rodaron hartas veces al suelo, segadas por la afilada e impía cimitarra y los cortantes y crueles alfanjes.

¡Ciudad oprimida por los fanáticos hijos del Islam, cuyas tortuosas calles horrorosamente se iluminaron en aquel día desventurado con el pavoroso resplandor de los incendios de templos y palacios!... Ha amanecido una aurora de sobrehumana belleza. Luz, no de atroces llamas aniquiladoras sino de confortante claridad de esperanza, de resurrección y de vida.

¡Que siempre, siempre, sean alumbradas las inteligencias con esos destellos clarísimos y los corazones caldeados con ese fuego purificador y vivificador!

Así, la ciudad cuyos miembros gozan de tan soberanos bienes, hará obras de justicia y de santidad que serán celebradas por todas las generaciones, y serán dignas de ser esculpidas en bronces y en mármoles para memoria y ejemplo de los siglos venideros.

CANTO TERCERO

Dios elige a los sencillos

Dios elige lo humilde y pequeño, según el mundo, para confusión de los grandes y poderosos soberbios.

Son las trazas de la divina Providencia, repetidas en la historia humana con harta frecuencia.

Los sencillos pastores de las cercanías de Belén gozan las primicias de postrarse, reverentes y amorosos, ante el recién nacido Niño Dios.

Y escuchan de labios angélicos, al son de célicas arpas, el gran panegírico que diariamente también canta la Iglesia en el santo Sacrificio: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

¡Cuántos orgullosos betlemitas, a quienes tortura la ambición y devoran los cuidados terrenales, teniendo tan cerca al divino Infante, no gozan la dicha de ver su rostro ni de hacerle objeto de sus caricias!...

¡Cuántos sacerdotes judíos y cuántos «piadosos» levitas, atareados con las prescripciones rituales del culto israelítico, y atentos más a las ceremonias externas que al espíritu de las mismas, no fueron

hallados dignos de ser recibidos en audiencia ante el Rey de la Gloria, ahora humillado y empequeñecido bajo las apariencias de siervo. ¡Y estaban tan cerca de Belén...!

Sin embargo, Dios no los elige y se complace en dar sus gracias y mirar con predilección suma a los humildes.

No desecha el Señor a los ricos y a los poderosos, por ser tales, sino por ser soberbios, si lo son.

Ricos y opulentos eran también los reyes de Tarsis y de las Islas, los reyes de Arabia y de Sabá (10) y eran también gentiles, pero fueron humildes y dóciles al llamamiento de la gracia que a ellos les invitó por medio de un astro luminoso, lleno de misterio y nuncio de la Buena nueva.

Y acudieron con presteza y con humildad los Magos a rendir homenaje y ofrecer sus dones al que es Rey de reyes y Señor de los señores.

Porque Dios regala su gracia y concede sus favores a quienes quiere, cuando quiere y como quiere.

Pero a los soberbios y engraidos con su ciencia, con sus riquezas o con sus honores, los abomina siempre y no quiere que participen de sus generosos dones.

Son cuatro videntes, gente de pueblo, sin dolo ni doblez, los privilegiados para presenciar el milagro de la Descensión de la Virgen Santa María a la ciudad de Jaén y admirar el Blanco Cortejo que, atónitos y conturbados, contemplan, sin poderse explicar con humanas razones el portento que ven sus ojos.

Y nos describen con frases ingenuas, propias de su ínfima cultura literaria, las circunstancias de la comitiva portentosa que llevaba la Señora.

Y quedaron maravillados del esplendor y de la albura de la celeste procesión que paseó las calles de Jaén, desde la Catedral hasta el arrabal de San Ildefonso.

María Sánchez, Juana Hernández, Juan el hijo de Usanda Gómez y Pedro Sánchez, depusieron bajo juramento y con todas las formalidades legales, hasta las menores circunstancias del milagro cuyos detalles constan en precioso pergamino que encuadrado en riquísimo y artístico marco de plata cincelada se guarda con solicitud y amor en la Iglesia Parroquial de San Ildefonso.

Eran los favorecidos gente laboriosa, sencillos vecinos que en el trabajo cotidiano y en el ejercicio de la honradez cristiana se santificaban.

¡Bella y fecunda oración la del trabajo, ejercido con paciencia y sin rebeldía, o sea, con el pensamiento puesto en la sumisión a las sabias disposiciones de la divina Providencia!

Dios no hace acepción de personas. Ante su grandeza infinita es vileza y escoria la grandeza humana que se funda, exclusivamente, en el talento, en la belleza física, en los honores terrenales, en el dinero. La virtud, la sencillez del corazón, la rectitud de la conciencia, la contrición por las faltas cometidas, cautiva el corazón de Dios que se complace siempre en favorecer a los humildes y perdonar a los pecadores, así como retira su gracia y mira con aversión a los enreídos y soberbios.

Sencillos y humildes eran los videntes del Blanco Cortejo. Por eso fueron agraciados con tan singular beneficio de ver y admirar ante sí, como los tres dichosos apóstoles en la cumbre del Tabor, la Gloria de Dios (11).

CANTO CUARTO

La Virgen y mártir alejandrina

No podía faltar Santa Catalina en el Blanco Cortejo.

Si la santa alejandrina tomó parte tan destacada en la liberación de Jaén del yugo mahometano, ya que a la celestial intercesión de esta mártir esclarecida atribuyó el santo Rey el éxito de su empresa, muy puesto en razón es que acompañara a la Santísima Virgen en la hora jubilosa de su Descensión a Jaén.

¡Cuántas veces presentaría ella sus plegarias ante el trono de Dios por el bien y libertad de sus patrocinados, oprimidos por el peligro inminente de esclavitud y pérdida de sus haciendas, de sus hogares, de sus seres queridos, y lo que es más lamentable todavía, de su misma fe cristiana.

¡Patrona bendita de Jaén, virgen preclarísima y casta esposa del Cordero Inmaculado!

Que supiste vencer con denuedo los halagos del mundo y confundir

con tu extraordinaria sabiduría a los filósofos del paganismo, con su falsa y deleznable ciencia infatuados.

¡Tu ciencia, oh Catalina, virgen pura y amable!, no fué aprendida tan sólo en las Academias prestigiosas de tu Patria, ni en las obras de los sabios de universal renombre.

No tan sólo en el Didascaleo en que enseñó Orígenes, ni en el Museo donde hizo resonar su voz en su Enéadas el famoso Plotino.

Sino en la contemplación de las verdades divinas y en el libro de la sabiduría increada.

¡Mártir esclarecida de Cristo!, que unes a la azucena blanquísima de tu angelical pureza la rosa encendida del martirio, valientemente sufrido por amor al Rey de las vírgenes.

Cerca, muy cerca de la Señora ibas en el Blanco Cortejo que inundó de luz y de esperanza a tus patrocinados, infundiéndoles confianza en el divino auxilio.

Ese castillo roqueño, alcázar de la fe y de la independencia de Jaén, dedicado a tu honor, por imperativo del agradecimiento firme a tus favores.

Ciudadela inexpugnable en la que siempre estuvo enhiesta la cruz redentora.

Y ese cerro tan nombrado al que acuden, llevados por el impulso incontenible de la tradición, siete veces centenaria, y por el exquisito perfume de tus favores, los habitantes de Jaén cada veinticinco de Noviembre, son recordatorio de tu bendito nombre y de tu valiosa y eficazísima protección.

¡Qué metidos están en el alma del giennense el nombre y el recuerdo de Santa Catalina, la mártir preclarísima, la heroína admirable, la virgen de exquisita pureza, la sapientísima y valiente defensora de la religión de Cristo contra los furiosos ataques de sus enemigos: los herejes y los sofistas.

Recuerdo imperecedero, amor profundo, gratitud perenne te profesan tus patrocinados, ¡oh bienhechora excelsa de Jaén!

Ahora compartes este dulce patronazgo con la misma Virgen Santísima de la Capilla. Esta circunstancia avala más todavía tu poder, y no sólo no disminuye tu interés en protegernos ni tu valimiento ante Dios, sino que acrecienta tus deseos de favorecer y amparar a tus queridos giennenses.

Con albas vestiduras ibas también en el Blanco Cortejo. Blancura que es símbolo de la pureza de los bienaventurados y expresión de la luz de la Gloria —lumen Gloríae— que en oleadas inmensas inunda tu alma bendita, llenándola de idefectible e indefinible felicidad. Tu rostro era astro refulgente, luna de incomparable claridad, porque era candor de la misma luz divina que se reflejaba en tu benditísima alma.

Mira, oh Catalina, siempre a tu JAEN con benignos ojos y con semblante propicio y que te *duela la mano*, empleada incesantemente en la dulce tarea de impartir bendiciones y de esparcir flores de gracias sobre los campos y los hogares de tu ciudad patrocinada.

CANTO QUINTO

El Capellán de María

Siervo fiel y prudente, que llenó los trojes de su inteligencia de sabiduría celestial y los de su corazón sacerdotal de amor divino.

Y supo emplear esos tesoros admirables en obsequio y defensa de su Reina y Señora.

Infatigable y habilísimo defensor de los privilegios de María fué Ildelfonso con su verbo elocuente y con sus obras, repletas de savia de ciencia sobrehumana y de jugo mariano insuperable.

«Per te vivit Domina mea quae Coeli culmina tenet» (12), dijo santa Leocadia, la mártir toledana, en celeste visión ante el rey visigodo Recesvinto.

A su catedral de Toledo bajó también la Señora una fresca mañana de Diciembre (13) a imponerle una casulla.

No hecha por manos humanas sino en los talleres del Empíreo. Tejida, cosida y bordada por ángeles de la Gloria y por vírgenes de inmaculada belleza.

¡Preclarísimo arzobispo toledano! Con preciosa estola y refulgente vestidura de clérigo ibas también en la celeste procesión. Formabas parte muy destacada en el Blanco Cortejo.

Dime, oh Ildelfonso, capellán de María, santo y sapientísimo Prelado, ¿qué libro abierto llevabas y mostrabas a la Dama y Señora de tu corazón?...

Curiosidad muy grande tenemos por saber qué estaba escrito en aquellas páginas que mostrabas a la Madre de Dios cuando la acompañaste en su milagro Descenso a Jaén.

¿Era, tal vez el libro de la «Virginidad de María» (13) que es el que llevó la Señora a Toledo en su Descensión del 18 de Diciembre para hacerte el regalo inapreciable de la casulla?...

Así te pagó la Virgen en la tierra tus infatigables esfuerzos en pulverizar los errores de Helvidio y de cuantos negaban la santa e inmaculada Virginidad.

Siempre paga igual la Señora, magnánima y clemente, cuando empleamos en honor de ella o de su divino Hijo los tesoros de nuestra inteligencia o los bienes materiales que Dios puso en nuestras manos.

¡Paladín esforzado de los privilegios de María que osaban negar sus enemigos con palabras que inspiraba el Infierno y con plumas que movían los ángeles de las tinieblas!

En el monasterio de Agali, dedicado a los santos médicos, Cosme y Damián, arrullado cadenciosamente por las brisas del Tajo, se templó vigorosamente tu espíritu.

Tu inteligencia se iluminó con luz celestial de arcana sabiduría y tu corazón se caldeó, en intenso amor mariano.

Que no escondiste esos tesoros, como lo hizo estúpidamente el siervo necio del Evangelio (14), sino que los empleaste en gobernar con equidad y con justicia a tu grey; en darle a tus ovejas el pasto admirable de la verdad evangélica, y a toda España el de la sólida y ardiente devoción mariana.

La liturgia mozárabe te es deudora de bellas oraciones y de himnos magníficos que en raudo vuelo elevan la mente a la contemplación de las cosas divinas y encienden el corazón en suavísimos amores a Dios y a las cosas celestiales.

A tu Iglesia giennense, emplazada en los arrabales (15) de la ciudad en aquellos tiempos angustiosos, va y se encamina el Blanco Cortejo.

Quiere la Madre de Dios —que por nadie se deja vencer en generosidad y en gratitud— concederte la honra de su visita estableciendo un trono refulgente «como oro cuando le da el sol», cabe los muros de la Iglesia dedicada a tu esclarecido nombre desde 1249.

Un trono de célica hermosura instalaron los ángeles junto a tu Iglesia

para en él recibir pleito homenaje la Madre de Dios con el Fruto bendito de su vientre, por parte de los felices componentes del Blanco Cortejo.

Quiso con esto indicar la celestial Señora el sitio donde sería emplazada su Capilla, como lo verificó el grande y valeroso Don Gonzalo (16) con el pensamiento puesto en complacer a María, así como su espada estuvo siempre desenvainada para defensa de la fe de Cristo y del honor de María.

¡Alabado y bendecido, y siempre celebrado será tu nombre, oh santo y sabio Prelado! por los buenos giennenses que a tí suplican tu poderoso patrocinio ante el trono del Dios tres veces santo.

CANTO SEXTO

Clérigos y guerreros

Doce parroquias o «collaciones» tenía Jaén en la fecha venturosa e histórica del Blanco Cortejo: Santa María la Mayor, San Ildefonso, San Bartolomé, Santiago, San Lorenzo, San Juan, San Pedro, Santa María Magdalena, San Miguel, San Andrés, Santa Cruz y el Alcázar.

¡Cruces parroquiales que en número de siete, de tan destacado simbolismo cristiano, forman la vanguardia y abren marcha en la celestial procesión!

Siete Dones del Espíritu Santo vivifican a la Iglesia de Cristo y derraman sobre las almas de los cristianos los tesoros inefables de la gracia divina para confortarlos en las luchas y tribulaciones de la vida y robustecer en ellos la fe, sin la que es imposible agradar a Dios.

¡Oh siete cruces que nos recuerdan estos Dones maravillosos del Espíritu Paráclito para fomentar la práctica de las siete virtudes fundamentales: las tres teologales y las cuatro cardinales!

Y para alentarnos a participar plenamente de la vida de Cristo mediante el ejercicio de las otras virtudes morales, y la práctica de las siete obras de misericordia corporales y de las siete espirituales con lo que se mantiene el nexo de unión en la comunidad cristiana.

¡Cruces parroquiales que presiden también los acontecimientos trans-

- centadales de la vida del cristiano, hijo de la Madre Parroquia, en su peregrinación incesante en este mundo, desde su bautismo hasta su sepultura!
- Siete sacramentos fundó Cristo. Y como presas de valor infinito, donó a su Iglesia santa para darnos la vida de la gracia, o restituírnosla cuando este don inefable es dilapidado por nuestros pecados personales.
- Siete sacramentos fundó Cristo. Y como prescas de valor infinito, donó son admitidos a la altísima dignidad de participantes de la naturaleza divina hasta que son despedidos de este mundo cuando ya se encuentran en el atrio de la eternidad.
- ¡Oh siete cruces parroquiales a la vanguardia del Blanco Cortejo, que representan a los fieles todos de Jaén, sin excluir a ninguno, y todos son invitados al banquete que en el Cielo nos tiene preparado el Padre Celestial!
- Siete mancebos cruciferarios, vestidos de niveos ropajes, mostrando en sus rostros «barbirrapados» (17) eterna juventud, nos invitan a llevar también, animosos y decididos, la pesada cruz de nuestras tribulaciones presentes, con el pensamiento y el corazón puestos en El que la llevó por nosotros hasta la cima del Calvario. Así es como únicamente gozaremos de eterna juventud en los alcázares de la Gloria y seremos asociados para siempre al cortejo del Cordero Inmaculado.
- Y también iban veinte clérigos rezando y cantando salmos e himnos litúrgicos. Acompañan a la Señora alabando y celebrando las grandezas y las bondades de Dios y de su benditísima Madre.
- Sus vestidos talaes y sus sobrepellices son más blancos que la nieve y el armiño.
- Son los ministros del Santuario que en la presencia de Dios, y como premio a la vocación correspondida, gozan de perdurable felicidad.
- Capellanes fidelísimos de María, cortejan jubilosamente a la gran Señora en su Descensión a Jaén.
- Sus cuerpos reposarían indudablemente en las Iglesias de la ciudad, y sus huesos se estremecerían de gozo ante la proximidad de esas almas bienaventuradas a las que se unirán un día para serles compañeros de su eterna ventura y dotarlos de los inefables y maravillosos dones de los cuerpos gloriosos.

A semejanza del cuerpo glorioso de Cristo Nuestro Señor, saliendo victorioso del sepulcro para no morir más.

Forman también en la procesión celestial un grupo numeroso, como de trescientas personas, de ambos sexos.

Son seculares piadosos en la tierra, y ahora dichosos en el Cielo porque gozan eternamente de la presencia de Dios.

Son los que «lavaron sus vestiduras manchadas en la sangre del Cordero» (18) y ahora resplandecen con admirable blancura en la patria celestial y son cortesanos de la Reina de los Cielos.

Y cerrando la marcha de la procesión celeste van como cien guerreros. Con sus armas y con sus celadas, con sus cotas y con sus lanzas, que producían misterioso ruido, cerraban en perfecta formación militar el Blanco Cortejo.

¿Quiénes eran estos guerreros sino ángeles de la Gloria o las almas de los que sucumbieron en la santa lid contra el mahometano invasor?

Un escuadrón, representante de cuantos ofrendaron en el altar de la Patria el heroico sacrificio de su sangre y de sus vidas, formaban la retaguardia de la maravillosa procesión.

Ellos, con su paso marcial, van sonando las armaduras y las armas como diciendo que sus sucesores, como ellos, debíanlas tener siempre preparadas para la defensa de la ciudad, patrimonio de María.

Van también vestidos con uniformes maravillosos y de encantadora blancura.

Y es que todo es blanco en el Cortejo Blanco. Cortejo de luz., espectáculo de sobrehumana belleza, que presencian unos sencillos habitantes, favorecidos por el Cielo con tan singular gracia.

¡Qué armonía tan grande con la descripción que nos hace San Marcos del ángel que custodiaba el sepulcro de Cristo, después de la Resurrección del Señor a quien vieron las santas mujeres «in vestibus albis», «con vestidos blancos»! (19).

¡Y qué perfecta consonancia con lo que nos dice San Juan, el Evangelista y profeta del Nuevo Testamento, cuando vio la muchedumbre inmensa de bienaventurados «in vestibus albis», con blancas vestiduras y palmas de triunfo en sus manos (20), como con vestiduras blanquísimas iban todos los componentes del Blanco Cortejo!

Luz de Gloria, blancura de inocencia y de santidad que inundó las calles de Jaén un día feliz y de recordación jubilosa, como al cabo de quinientos sesenta y un años todavía lo recordamos y lo celebramos.

CANTO SEPTIMO

Mostrándonos el fruto bendito de su vientre

Figura central de la célica procesión es la «dueña o señora», con un un Niño en su regazo materno.

María, la que sin dejar de ser virgen purísima se hace madre fecundísima, la que concibió milagrosamente sin obra de varón al Hijo de Dios,

Haciéndose el Unigénito del Padre hombre verdadero para poder sufrir y poder morir.

Y redimirnos eficazmente de la servidumbre del pecado y servirnos de modelo a quien imitar en las circunstancias todas, prósperas o adversas de la vida terrestre.

María, la más excelsa de las criaturas, la Reina del Cielo y de todas las obras de la creación, baja a Jaén y es la figura más destacada del portentoso milagro, calificado por el *Rey prudente* de «que no tiene semejante en la materia y que entre los mayores es el mayor» (21).

¡Vístete de gala, ciudad mártir, para recibir la visita más notable de tu historia!

¡La visita más honrosa y también la más provechosa para tí y para tus hijos, de hoy y del mañana!

Es costumbre de los reyes, al visitar una ciudad de sus dominios, otorgar con largueza mercedes y favores a sus vasallos que solicitan con ansiedad su clemencia y desean ser objeto de su magnanimidad.

No viene la Virgen a Jaén con las manos vacías. El oficio que más le agrada es el de interesora ante su divino Hijo. Y el de bienhechora de estos otros hijos cuyo cuidado maternal ha sido encomendado a su compasivo e inmenso corazón.

Ella pasó por la historia de Jaén, como su divino Hijo por el mundo

«derramando beneficios» (21) y enriqueciendo de favores a las almas.

Y por todo esto son sus delicias colmar, durante la vida temporal, de bienes a sus hijos y llevarlos junto a sí a la Patria celestial, cuando termine para ellos el tiempo de su peregrinación terrena en el valle de las lágrimas y del dolor.

Más grande en su bondad y en su amor es el Corazón de María que grande e inmenso es el mar, de agua y de múltiples tesoros lleno.

Ella es grande, con grandeza que ninguna humana lengua, ni aún angélica, puede explicar, porque la dignidad de Madre de Dios supera la dignidad de todos los reyes juntos.

Y también la de todos los ángeles y bienaventurados de la Gloria. ¡Oh misterio incomprensible el de la Maternidad divina!

«El fruto bendito de su vientre», con cuya gráfica expresión señalamos a Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Dios, según las palabras iluminadas de Isabel (22) nos lo muestra Ella en su Descensión a Jaén.

No se levantaron arcos de triunfo, ni se alfombraron las calles con las vistosas flores y plantas olorosas de nuestros campos y de nuestros jardines.

Ni resonaron jubilosas y alegres las campanas de nuestros templos.

Pero, ¿qué importa todo este aparato externo si tú sabes, Virgen santa, que tienes un trono de amor en cada uno de los corazones de tus hijos?

Si sabes que honrarte y servirte es la mayor ejecutoria de nuestra Nobleza.

Si sabes que nos gloriamos y nos gozamos con tu amoroso y omnipotente patrocinio (23).

Si sabes que agradecemos fervientemente los muchos favores que nos has otorgado en nuestros apuros y necesidades espirituales y materiales.

Si sabes que ponemos en tí nuestra ilimitada confianza y nuestra firme esperanza.

Los reyes de la tierra no pueden muchas veces otorgar lo que quieren y lo que les piden sus súbditos. No son omnipotentes.

Tú, Virgen santa, eres omnipotente por gracia, puesto que ese fruto de bendición que llevas en tu seno es Omnipotente por naturaleza.

Tú no le negaste nada. Te sacrificaste por El, alimentándole, defendiéndole y cuidándole con material solicitud.

¿Cómo te va El a negar de lo que le pidas en favor de tus hijos? El Señor omnipotente, que no cabe en los cielos de los cielos —tal es su infinita inmensidad— supo idear el portento, y lo realizó, encarnándose en el vientre de esta mujer, escogida entre todas las hijas de Eva y bendita entre todas las mujeres.

Más valerosa que Judit, y más esforzada que Abigail, y más hermosa e influyente que Esther, y más casta que Susana, y más santa que Sara, fué la Virgen-Madre, la que todas las generaciones a boca llena llaman «Bienaventurada», cumpliéndose con maravillosa exactitud el anuncio profético de ella misma el día de su Visitación (24).

«A Jesús, por María», nos aconseja la Iglesia para eficazmente lo que con humildad y confianza pedimos.

Ella es la tesorera del Rey de la Gloria, y de cuya presencia amorosa nadie se retiró jamás sin alivio y sin consuelo.

Es inseparable Jesús de María, como es inseparable María de Jesús.

No puede concebirse al uno sin el otro.

Por eso, en el Blanco Cortejo vino Ella mostrando a Jesús, «el fruto bendito de su vientre», amorosamente recostado en su regazo materno.

¡Y cuando nos lo muestra es para concedernos la gracia de su posesión, si ardientemente la deseamos y con perseverancia la pedimos...!

Dadnos pues, ¡oh Virgen santa!, ese fruto de tu vientre en este año jubilar. Don precioso que realza tu poder y tu misericordia y que enriquece nuestra calma, nuestro llanto y anima nuestra incertidumbre por nuestra salvación eterna.

EPILOGO

No ha sido una pesadilla nocturna, ni ficción exaltada de varios vecinos anormales.

Dulce realidad ha sido el Descenso de María Santísima a JAEN para infundir ánimo y valor a sus hijos atribulados.

Y recordarles con este milagroso acontecimiento que ella está siempre vigilando en favor de sus hijos, como lo hace la más solícita y cariñosa madre.

Y dispuesta a concederles su ayuda, a protegerles, a ampararlos y a defenderlos de los peligros que les amenazan.

Aparentemente nada ha sucedido. Pero no es otra la conversación en tertulias callejeras, en las sacristías de los templos, en el campo y en los hogares, sobre lo que afirman haber visto varios honrados y probos vecinos aquella memorable noche de San Bernabé. Este acontecimiento, que con la proyección del tiempo valoramos hoy como el más importante en la historia de esta privilegiada ciudad, los que vivían en esa histórica fecha no se dieron cuenta, sin duda, de la transcendencia que tendría en el futuro.

Como reguero de pólvora corre la sensacional noticia de boca en boca. Y la divulgación auténtica del prodigio que recoge, dos días después, la autoridad eclesiástica, con oportuna y mesurada prudencia, infunde aliento y optimismo entre los que anteriormente se hallaban oprimidos por el pesimismo y desorientados por el desaliento.

Siéntense ya los giennenses eficazmente amparados y protegidos por una mano invisible pero poderosísima.

Esa mano es la de María, la SANTISIMA VIRGEN DE LA CAPILLA. Y es que Jaén es cristiano y fervientemente mariano, y nunca más será musulmán.

Ni escuchará la voz de la sirena engañosa del error, bajo la máscara que ésta pueda presentarse en el futuro, porque Jaén, por su felicidad temporal y eterna no querrá oír otra voz que la de María.

Su poderosísima REINA.

Su piadosísima MADRE.

Su dulcísima PATRONA.

NOTAS

- 1.—Salmo 131 —v,7
- 2.—Los Concilios Toledanos, de carácter nacional, fueron 18. El primero tuvo lugar en el año 400, y el último en 701. Eran asambleas religioso-políticas y fueron celebrados durante la dominación visigótica en España, excepto el 1.º El má famoso de todos fué el III, en 526, en el que abjuró Recaredo la herejía arriana y se proclamó la Religión Católica como la única del Estado.
- 3.—La Era Hispánica, que comienza 38 años antes de la Era Cristiana, señala el acontecimiento histórico de la "completa romanización de la Península Ibérica. Estuvo en uso esta Era en España para los cómputos, hasta el año 1350, en Aragón, y hasta el 1383 en el reino de Castilla. En las Cortes de Segovia de este último año, reinando Juan I acordaron, siguiendo el ejemplo de Aragón, variar el cómputo cronológico, abandonando la Era Hispánica y adoptando la vulgar o cristiana que rige desde entonces. Como en el año de la conquista de Jaén por San Fernando, aún no regía dicha Era, por eso consignamos el año 1284 en vez del 1246.
- 4.—Este instrumento músico, importado por los árabes, muy parecido al clarinete, fué sumamente usado por los españoles durante la Edad Media, así como los atavales, también de origen árabe. En Jaén, particularmente, a juzgar por las noticias tan abundantes que nos ofrece la Crónica del condestable Miguel Lucas de Iranzo, estaba muy en boga su uso.
- 5.—La imagen que San Fernando entronizó en la mezquita mayor, convertida en templo cristiano, es la que llamamos "Virgen de la Antigua", y se halla en hornacina del altar mayor de nuestra Catedral, sobre el lugar en que se custodia el Santo Rostro. Es bellísima imagen gótica, sedente, mostrando dulcemente el pecho al Niño Jesús. El análisis arqueológico iconográfico de la imagen acusa claramente una talla del siglo XIII.
- 6.—Don Gutierre Ruiz Dolea, Obispo de Córdoba, hizo la purificación de la mezquita. No es aventurado afirmar que fué honor que delicadamente le cedió el Obispo de Baeza, don Fray Domingo, a quien pertenecía. Este prelado biacense fué el que purificó la mezquita de Córdoba y la dedicó al culto católico el año 1236, por mandato de San Fernando. Don Gutierre fué después elevado a la metropolitana de Toledo, donde murió al poco tiempo.
- 7.—Don Nicolás de Biedma tomó posesión de la Sede en 1368, el mismo año de la destrucción de la catedral-mezquita por los moros que entraron con furia en la ciudad, arrasándolo todo, cebándose especialmente en los templos cristianos que habían sido anteriormente mezcuitas. Este gran prelado acometió la gigantesca empresa de construir una nueva Catedral, para la cual donó en su testamento toda su fortuna. Según el estilo arquitectónico, dominante en esa época, era gótica.
- 8.—Esta expresión es de María Sánchez y de Juan, el hijo de Usanda Gómez, dos de los videntes de la milagrosa Procesión y que en su declaración ante el provisor Rodríguez de Villalpando se valieron de estas palabras para describir a la Santísima Virgen.

- 9.—Hace alusión a la catástrofe de 1368, reinando en Castilla don Pedro el Cruel. Más detalles van en la nota número 7.
- 10.—Profecía de los Salmos mesiánicos del rey David (Salmo LXXI-v,10) que la Iglesia aplica, en el oficio de la Epifanía del Señor, a los Magos que fueron a adorar al Niño Jesús y le ofrecieron dones de incienso, oro y mirra, según S. Mateo (Ev. cap. II. v. 10)). Por la tradición, solamente, sabemos que el nombre de éstos fueron Melchor, Gaspar y Baltasar, procedentes del Oriente.
- 11.—Los tres apóstoles, videntes de la Transfiguración del Señor en el monte Tabor, fueron San Pedro, Santiago el Mayor y San Juan. (Evang. de S. Mateo, cap. 17-v.L).
- 12.—En las lecciones del oficio de San Ildefonso, tomadas de Surio, se nos refiere el milagro de la aparición de Santa Leocadia, virgen y mártir toledana. Habiendo ido el santo arzobispo con su clero, a venerar a esta santa en su sepulcro, se dejó ver ella milagrosamente, y haciendo elogios del celo del arzobispo defendiendo tan arduosamente la honra de María, pronunció delante de todos los asistentes esas palabras, cuya traducción es: ¡Oh Ildefonso, por tí permanece viva la memoria de mi Señora que está en el lugar más encumbrado del Cielo”. Para que quedase constancia de este milagro, cogiendo con presteza S. Ildefonso la pequeña espada que llevaba sujeta en su tahalí el rey Recesvinto, cortó un trozo del velo que cubría la cabeza de la santa virgen y cuya reliquia se guardaba en gran estima y veneración en la Catedral de Toledo entre las insignes de su Relicario. San Ildefonso murió en el año 667.
- 13.—La Iglesia española celebraba la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Verbo Divino el día 18 de diciembre, ocho días antes del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, según dispone el canon 1.º del X Concilio Toledano —año 656—, para que la fecha del 25 de marzo, por coincidir siempre con la Cuaresma, con la Semana Santa o con la Pascua de Resurrección, no era fecha oportuna para esta gran solemnidad. Posteriormente la Iglesia española se acomodó a la celebración de la fiesta el día mencionado de 25 de marzo, pero continuó celebrando la Iglesia toledana y sus sufragáneas —entre ellas Jaén— la fiesta del 18 de diciembre con el nombre de Expectación del Parto de Nuestra Señora. Este día fué, y no el 24 de enero como algunos erróneamente han dicho, cuando se verificó el milagro de la Descensión de Nuestra Señora a la Catedral de Toledo, al que se hace referencia.
- 14.—Este libro es uno de los tratados mariológicos más notables que se han escrito en todos los tiempos para defender las prerrogativas de la Santa Virgen de las Vírgenes. El título completo del libro es: “**De Virginitate B. Mariae contra tres infideles**”. “El libro de San Ildefonso, dice el gran escritor benedictino P. Justo P. de Urbel (Año Cristiano —tomo I-día 23) está lleno de ira, de fuego, de indignación, de golpes furiosos y relumbrar de espadas”. Indica con esto el sabio benedictino el carácter apologético y polemista del famoso tratado en el que vindica con tanto fervor el honor de María, atacado por los herejes que seguían las perversas doctrinas de Helvidio, de Joviniano y un judío a quien, según opinión de Menéndez Pelayo, representa a la raza judía en general.
- 15.—La capilla de San Ildefonso, que después fué elevada a la categoría de parroquia, fué construida en 1249, el mismo año de la traslación de la Sede episcopal de Baeza a Jaén, por la bula de Inocencio IV, “Exal-

- tatio fidelium” a instancia de S. Fernando. Se hallaba situada fuera de los muros primitivos, o sea, en el arrabal de la ciudad, comprendido en el segundo recinto amurallado. Existe en la catedral testimonio auténtico de esta construcción.
- 16.—Don Gonzalo de Astúñiga, hoy se dice Zúñiga, ocupó la Sede giennense desde el año 1423 al 1456, en que murió decapitado en Granada por los moros que le tenían cautivo. Otros ponen en duda esta circunstancia e incluso niegan su martirio. A la vez que prelado celosísimo fué capitán esforzado del ejército cristiano contra la morisma. Gratitude eterna merece este insigne Obispo por toda la ciudad de Jaén y su diócesis.
- 17.—Esta expresión corresponde a la descripción que nos hace Juan, el hijo de Usanda Gómez, uno de los videntes.
- 18.—“Isti sunt qui lavaverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni” (Apocalp. cap. VII-v. 14).
- 19.—“Copertun stola candida”, “Vestido con una blanca túnica” (S. Marcos, Cap. XVI-v.5). De forma semejante, nos dice S. Juan que María Magdalena vio en el sepulcro dos ángeles, “In vestibus albis”, “Con vestiduras blancas” (Evang. de S. Juan-cap. 20 v.12).
- 20.—Apocalipsis, Cap. VII-v.9.
- 21.—Felipe II visitó Jaén el 20 de mayo de 1570. Se hospedó el rey en el Palacio Episcopal. Era Obispo a la sazón don Francisco Delgado y con él fué a visitar la Verónica. De aquí pasaron a venerar la Santísima Virgen de la Capilla que adoró el rey con ternura y devoción. El Obispo le hizo relación de la Descensión y milagros. El rey encargó al señor Obispo se hiciera grande estima y aprecio de este santuario. El señor Obispo refería muchas veces esto. Deseando S. M. enriquecer los archivos del Escorial con noticias de todas las cosas memorables y de estima, escogió y repartió gentes doctas. Aquí vino un Padre de la Orden de S. Jerónimo que fué el encargado de hacer la información. “El rey prudente”, que tenía ya noticia de la tradición giennense, dijo estas palabras: “Que en la materia ninguno llegaba a ser como el milagro de Jaén, que entre los grandes es el mayor”.
- 22.—Hechos de los Apóstoles, cap. X-v.38.
- 23.—Aunque la Omnipotencia, absolutamente hablando, es facultad privativa de Dios, sin embargo, se la llama a la Santísima Virgen “La Omnipotencia suplicante” porque alcanza del Señor cuanto quiere con sus ruegos, y por eso, de hecho, usa de ese omnímmodo poder en favor de sus hijos, ya que en la economía de la Providencia divina Dios así lo ha determinado. Es ello un honor y engendra confianza sin límite en el poder y bondad de María.
- 24.—“Beatam me dicent omnes generationes” (Luc. cap. I-v. 48). Es este un versículo del cántico de la Santísima Virgen en casa de Zacarías e Isabel, los afortunados padres de Juan Bautista. La Virgen, iluminada por el Espíritu Santo, vio este juicio que de ella, humildísima doncella, harían todas las gentes. El cumplimiento de esta profecía con tan rigurosa exactitud, es digno de notarse y de admirarse.